

Samuel R. Delany

DHALGREN-II

En tiempo de plaga

Una de las treinta mejores novelas de ciencia ficción de todos los tiempos, por fin en lengua española. Una obra maestra.



Bellona: la ciudad donde todo puede ocurrir, donde los edificios que ayer ardían hoy parecen intactos, donde el cielo puede verse poblado por dos lunas o por un sol gigantesco, donde todo es relativo y sin embargo absoluto. Donde una familia —los Richards— puede seguir fingiendo que vive una vida normal como si nada hubiera ocurrido a su alrededor, y donde los grupos de jóvenes marginales —los escorpiones— pueden revivir viejos mitos tribales transformándose por la noche en luminosas bestias míticas para merodear por la calles. Y, mientras tanto, la ciudad sigue vi- viendo su propia vida, a su propio ritmo, a su alrededor.

NOTA IMPORTANTE sobre la versión digital. Este libro tiene una particular composición (son dos textos diferentes en la misma página, por lo que si se va a leer en pantalla hay que hacerlo en Vista Diseño de Impresión, en cualquier otra Vista puede 'desaparecer' el texto secundario (es una forma de hablar). En esta edición ePub estos textos se han colocado en cursiva.

Otra característica singular de este libro es que muchas veces el texto queda como colgando, sin haber acabado el párrafo con su punto y aparte convencional y luego empieza otro nuevo sin mayúsculas, no debes preocuparte, no es un error de escaneo o corrección, el texto es así.

IV

En tiempo de plaga

Capítulo 1

—MIRA, déjame solo...

—Oh, vamos; vamos...

—Tak, ¿quieres meterte tus jodidas manos...?

—No voy detrás de tu cansado cuerpo moreno. Sólo quiero llevarte al bar, donde puedas sentarte.

—Mira, por favor, estoy...

—No estás borracho; dices que *no* estás cargado ni nada así; ¡entonces será mejor que te sientes un poco y te relajés! —La musculosa mano de Tak aferró su hombro. (Chicco dio otros tres pasos vacilantes)—. Vas tambaleándote por ahí como si estuvieras medio sumido en alguna especie de trance. Ven conmigo, siéntate, bebe algo, y recupérate un poco. ¿Seguro que no has tomado nada?

La adornada orquídea en el cinturón de Tak golpeó contra la más sencilla de Chicco.

—Mira, déjame solo... ¿Dónde está Lanya?

—Es más probable que la encuentres en Teddy's que vagando por ahí en la oscuridad. Anda, *ven*.

Con este coloquio, hicieron el vacilante camino del parque al bar.

Chicco se tambaleó en la puerta, contemplando las oscilantes llamas de las velas, mientras Tak discutía con el camarero:

—¡Coñac caliente! Mira, será mejor que te tomes tu café en un vaso, con un chorro de...

¿June? ¿O George?

Paul Fenster alzó la vista de su cerveza, tres personas más allá (Chicco sintió que algo frío pero soportable se coagulaba en su vientre al reconocerle), y se acercó hasta situarse detrás de Tak, que se volvía en aquellos momentos con dos humeantes vasos.

—¿Eh...?

—Hola. Menos mal que veo alguien a quien conozco. —Fenster llevaba una camisa roja de manga larga abrochada hasta la mitad del pecho—. No esperaba tener tanta suerte en mi primera noche de vuelta.

—Oh. —Tak asintió con la cabeza—. Sí, ¿cómo estás? Hey, voy a llevarle esto a un amigo. Hum..., ven conmigo. —Tak alzó los vasos de coñac por encima del hombro de una mujer, rodeó un hombre. Fenster alzó la barbilla, mirando.

Tak llegó junto a Chicco. Fenster venía detrás.

—Aquí tienes tu coñac. Éste es Paul Fenster, mi rebelde-que-consiguió-extraviar-su-causa preferido.

—Eso es lo que tú crees. —Fenster saludó con su botella de cerveza.

—Bueno, en realidad no la extravió. Se le fue hacia otro lado cuando él no estaba mirando. Paul, éste es el Chico. —(Chicco se preguntó si él estaba proyectando la misma falta de entusiasmo de Tak)—. Ven y siéntate.

—Hola. —Chicco hizo una inclinación de cabeza hacia Fenster, que no le estaba mirando, que no le había oído, que al parecer no le había reconocido. Bueno, tampoco sentía deseos de hablar, así que la ambigüedad de Fenster podía ser divertida.

—Vamos, vamos —Tak les guió hacia una mesa, miró de nuevo a Chicco aprensivamente.

Haciendo un gesto con su botella, Fenster prosiguió:

—¡Oh, pero es una causa! Quizá hayáis perdido el noventa y cinco por ciento de vuestra población, pero seguís siendo la misma ciudad que antes...

—Tú no estabas *aquí*, antes. —Tak se sentó en medio del banco de la parte de fuera de la mesa, de modo que Fenster tuvo que sentarse en el otro lado. Luego Tak se deslizó hacia un lado, dejando sitio para Chicco, que captó toda la maniobra y se preguntó si Fenster la habría captado también.

Se sentó. Inmediatamente la pierna de Tak entró en contacto con *la* suya, en un claro, aunque indeseado, movimiento tranquilizador.

—No es eso lo que quiero decir —señaló Fenster—. Bellona era..., ¿cuánto? ¿Quizá un treinta por ciento negra? Ahora, aunque hayáis perdido a tanta gente, apostarí a que se acerca a un sesenta. Según mi estimación, al menos.

—Todos viviendo en armonía, paz y amor fraternal...

—Y un cuerno —dijo Fenster.

—... con el tranquilo, claro y dorado atardecer desgarrado sólo ocasionalmente por los sollozos de alguna pobre muchachita blanca deshonrada a manos de un violento macho cabrío negro.

—¿Qué estás intentando hacer, ofrecerle un espectáculo al muchacho? —Fenster le sonrió a Chicco—. Conocí a Tak aquí el primer día que llegué a Bellona. Es un tipo listo, ¿sabes? Le gusta fingir que es un poco tonto. Luego deja que tú mismo te cuelgues. —Fenster seguía sin reconocerle.

Chicco asintió sobre su humeante vaso. El vapor era intenso; lo olió y se sintió enfermo.

—Oh, soy el maldito guardián de la puerta. He hablado con más gente en su primer día en esta ciudad de la que te puedas llegar a imaginar. —Tak se echó hacia atrás en su asiento—. Déjame darte una pista. Es a la gente con la que me tomo la molestia de hablar de nuevo en su tercer, cuarto y quinto día de estancia a la que tendrías que observar.

—Bueno, te estás engañando a ti mismo si crees que no tenéis un problema negro aquí.

De pronto Tak se sentó hacia delante y apoyó los desgastados codos de piel de su chaqueta sobre la mesa.

—¿A mí me lo dices? Lo que quiero saber es cómo estás haciendo algo al respecto, sentado ahí arriba en la avenida Brisbain.

—Ya *no* estoy con Calkins. Me he trasladado a Jackson. De vuelta a casa.

—¿De veras? Bien, ¿qué conseguiste durante tu estancia?

—Infiernos..., creo que fue muy amable por su parte el invitarme. Me lo pasé bien allí. Tiene un lugar precioso ahí arriba. Tuvimos un par de charlas interesantes. Muy buenas, creo. Es un hombre sorprendente. Pero con esa constante fiesta de fin de semana, treinta y ocho días al mes parece que sean, no comprendo cómo tiene tiempo de tomarse un respiro, y mucho menos de escribir la mitad de un periódico cada día y de velar por lo que queda de la maldita ciudad. Delineé un par de ideas para él: una centralita, un centro de primeros auxilios, un programa de inspección domiciliaria. Dice que quiere cooperar. Le creo..., tanto como se puede creer a alguien, hoy en día. Puesto que hay tan poco control por aquí como el que estamos viendo, no me sorprendería que hiciera más de lo que tú esperas, ¿sabes?

Tak volvió sus manos hacia arriba sobre la mesa.

—Recuerda tan sólo que nadie aquí le votó.

Fenster se inclinó también hacia delante.

—Nunca he estado en contra de los dictadores. Mientras ellos no me dicten a mí. —Se echó a reír y bebió más cerveza.

Los sorbos de coñac cayeron en ardientes nudos en el estómago de Chicco y allí se desataron. Apartó su pierna de la de Tak.

—¿Habló con él acerca de ese artículo sobre Harrison?
—preguntó Chicco a Fenster.

—¿George Harrison?

—Ajá.

—Infiernos, eso no es más que agua pasada. Ahora hay auténticos problemas a los que hacer frente. ¿Has paseado alguna vez por la avenida Jackson?

—La he cruzado.

—Bien, entonces echa una buena mirada a tu alrededor, habla con la gente que vive allí, antes de venir a hablarme de esa boñiga de George Harrison.

—Paul no aprueba lo de George —dijo Tak con un profundo movimiento de cabeza.

—Ni lo apruebo ni lo desapruebo. —Fenster hizo sonar su botella contra la madera—. Simplemente, el sadismo no es lo mío. Y no estoy de acuerdo con nadie que cometa violación o algo así. Pero si tú quieres asociarte con él, ése es tu problema, no el mío. Creo que todo este barullo a su alrededor es la peor forma que hay de desviar la atención de lo que realmente interesa.

—Si has vuelto a Jackson, entonces lo tienes como vecino en la puerta de al lado; así que eres tú quien más tiene que asociarse con él, ¿no? Yo sólo tengo que mostrarme amigable en el bar. —De pronto, Tak dio una palmada en el borde de la mesa—: ¿Sabes cuál es el problema, Paul? George es más *simpático* que tú.

—¿Eh?

—No, de veras: os conozco a los dos, me caéis bien los dos. Pero me cae mejor George.

—Infiernos, hombre, he visto esos pósters que la Reverenda Amy está repartiendo por ahí. Sé lo que os gusta a los tipos de ahí dentro...

—No —dijo Tak—. No, te confundes.

—Un infierno me confundo... Hey, ¿sabes? —Fenster se volvió a Chicco—. ¿Has leído alguna vez esos artículos, los que hablaban del tumulto, y el otro con la entrevista?

—¿Oh? No, pero he oído hablar de ellos.

—Tak tampoco los ha leído.

—He oído lo suficiente sobre ellos —hizo eco Tak.

—Pero ahí está la cuestión. Todo el mundo ha oído hablar de los artículos. Pero puesto que yo estaba allí, soy el único que habló con la persona que realmente dice que los ha leído.

—¿Quién? —preguntó Tak.

—George Harrison. —Fenster se echó hacia atrás en su asiento y pareció satisfecho.

Chicco inclinó su coñac.

—Yo he conocido a alguien que también los ha leído.

—¿Sí? —preguntó Fenster—. ¿Quién?

—La chica a la que violó. Y su familia. Sólo que no la reconocieron en las fotos. —Por algo que ocurrió en el rostro de Fenster sin destruir su sonrisa, Chicco decidió que quizá Fenster no fuera tan malo después de todo.

—¿La has conocido de veras?

—Sí. —Chicco bebió—. Y usted también puede conocerla si quiere. Todo el mundo no deja de decirme lo pequeña que es la ciudad. Hey, Tak, gracias por la copa. —Empezó a ponerse en pie.

—¿Seguro que estás bien, Chicco? —dijo Tak.

—Sí. Ya me siento mejor. —Hizo una inclinación de cabeza a Fenster, luego se encaminó, aliviado, a la barra.

Cuando Jack dijo: «Hey, ¿cómo estás?», Chicco se sobresaltó. Su alivio, la más somera de todas las cosas, se desvaneció.

—Hola —dijo—. Estoy bien. ¿Cómo te van las cosas?

—Me van. —La camisa de Jack estaba arrugada, sus ojos rojos, sus mejillas sin afeitar. Parecía muy feliz—. Me están yendo muy bien. ¿Y a ti? ¿Y tu amiga?

—Yo estoy bien —repitió Chicco, asintiendo con la cabeza—. Ella también.

Jack se echó a reír.

—Esto es estupendo. Sí, es realmente grande. Espera, quiero que conozcas a un amigo mío. Éste es Frank. —Jack retrocedió un paso.

—Hola. —Con una alta y calva frente y un pelo que le llegaba casi hasta los hombros, Frank había decidido al parecer dejarse crecer la barba quizás desde hacía una semana: *Las tomo de ti cruzadas, te las doy descruzadas...*; sí, eso era. Sólo que se había puesto una camisa verde con cierres a presión nacarados en vez de botones; y se había lavado las manos.

—Éste —le explicó a Frank— es el amigo de Tak del que te decía que escribe poemas. Sólo que no puedo recordar su nombre.

—Chicco —dijo Chicco.

—Ajá, le llaman el Chico. —Jack siguió con su explicación—. Chico, éste es Frank. Frank estaba en el ejército, y también escribe poemas. Le estaba hablando de ti hace un momento. ¿No es así, Frank?

—Sí, te he visto por el parque —asintió Frank—. Jack me estaba diciendo que eres un poeta.

Chicco se encogió de hombros.

—Bueno. Un poco.

—Llevamos bebiendo toda la tarde —prosiguió Jack su explicación.

—Y ya es de noche —sonrió Frank.

—Esta maldita ciudad. Si pensáis emborracharos, habéis ido al mejor lugar. Podéis pedir bebidas en la maldita barra sin parar, y no tendréis que pagar ni una moneda. Nada. Y vayáis donde vayáis, la gente siempre os ofrecerá algo que fumar o que beber. Jesús. —Eructó—. Voy a regar el jardín. Vuelvo en un minuto. —Se apartó de ellos y se encaminó a los servicios.

Chicco sintió una oleada de desorientación, pero las frases que había preparado antes brotaron de sus labios:

—¿Estabas buscando un alma gemela?

—La realidad es que ha sido él quien me ha encontrado a mí —dijo Frank—. Los dos somos desertores del ejército. Él un poco más reciente. Sólo que creo que Jack está sintiendo añoranza.

Chicco tragó saliva.

—¿Del ejército? —Y se sintió mejor.

Frank asintió.

—Yo no. Lo abandoné hará unos seis meses. Aquí me siento feliz. Estoy teniendo la oportunidad de escribir de nuevo, y éste es un lugar más bien solidario.

—¿Realmente escribes poemas? —y con la reiteración sintió hacia Frank una repentina, sorprendente y total desconfianza. Así que sonrió.

Frank le devolvió la sonrisa y asintió sobre su vaso.

—Bueno, en realidad he tenido mucha suerte consiguiendo que mis cosas fueran publicadas. El libro fue sólo un accidente. Una de las pequeñas revistas de la costa oeste se dedicó a hacer buenas ediciones en libro de sus colaboradores. Tuve la suerte suficiente como para ser seleccionado.

—¿Quieres decir que tienes un libro?

—No hay ejemplares en Bellona —indicó Frank—. Como he dicho, fue un accidente.

—Entonces llevas mucho tiempo escribiendo.

—Desde que tenía quince o dieciséis años. Empecé en la escuela secundaria; y la mayor parte de lo que escribes entonces es pura basura.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Entonces te dedicas a eso desde hace mucho tiempo. Un poeta. Quiero decir que es tu trabajo, tu profesión.

Frank se echó a reír.

—No puedes vivir de ello. Durante un año enseñé en la Estatal de San Francisco, hasta que entré en el ejército. Sin embargo, me gusta pensar en ello como en una profesión.

Chicco asintió.

—¿Tienes muchos poemas en revistas y cosas así?

—Tres en el *New Yorker*, hará cosa de un año. Algunas personas piensan que ha sido mi mayor logro. Dos en *Poe-*

try, *Chicago*, antes de eso. Luego hay algunos más. Pero éstos son de los que me siento más orgulloso.

—Sí, yo solía leer mucho esa revista.

—¿De veras?

—¿No es aquella que antes tenía ese emblema del caballo dibujado a base de volutas? Ahora pone dibujos muy curiosos. La leía cada mes en la biblioteca, en la escuela. Lo hice durante años.

Frank se echó a reír.

—Entonces has estado haciendo las cosas mejor que yo.

—He visto el *New Yorker* —dijo Chicco—. Pero nunca lo he leído.

La expresión de Frank cambió ligera y evasivamente.

—Y nunca he publicado ningún poema —añadió Chicco—. En ningún lugar. Hace muy poco tiempo que soy poeta. Un par de semanas. Desde que llegué aquí. Probablemente sabrás mucho más de todo eso que yo.

—¿Acerca de ver tus cosas publicadas?

—Sobre eso también. Sin embargo, me refiero a escribirlos. Es duro.

—Sí, sospecho que puede serlo.

—Es casi la cosa más malditamente dura que haya hecho nunca.

Frank se echó a reír y se frotó su incipiente barba.

—A veces. ¿Llevas escribiendo... poemas desde hace sólo unas semanas? ¿Qué te hizo empezar?

—No lo sé. ¿Qué te hizo empezar a ti?

—Supongo que tenía que hacerlo —dijo Frank, y asintió de nuevo.

—¿Encuentras... —Chicco hizo una pausa, tomando en consideración el hurto— ...encuentras Bellona interesante, te estimula para producir tu obra?

—Tanto como cualquier otro lugar, supongo. Quizás un poco menos, porque tienes que pasar tanto tiempo yendo de un lado para otro, ¿entiendes? Estaba trabajando en al-

gunas cosas cortas. Pero perdí mi bloc de notas hace unas semanas.

—¿Oh?

Frank asintió.

—Desde entonces no he escrito nada. No he tenido tiempo.

—¡Hey, perdiste tu bloc de notas! —La incomodidad se transformó en miedo—. Cristo, eso debió ser... —Luego sus pensamientos se centraron. Se inclinó sobre la barra—. Hey, ¿puedes darme el cuaderno? ¿Eh? ¡Oh, vamos! ¡Déme el bloc de notas, por favor!

—De acuerdo —dijo el camarero—. De acuerdo, te lo daré. Tranquilo. ¿Queréis otra...?

—¡El bloc de notas! —Chicco golpeó la barra con el puño.

—¡De acuerdo! —Haciendo silbar el aire entre sus dientes, el camarero lo tomó de la jaula y lo dejó caer sobre la barra—. *Ahora, ¿queréis otra ronda?*

Junto a la sangre, la orina, el estiércol y las señales de quemaduras, se veían los anillos de las botellas que había ido depositando al azar sobre la tapa. Lo abrió por el centro.

—¿Es esto tuyo?

Frank frunció el ceño.

—¿Lo encontraste?

—Sí. Estaba en el parque.

*Geoff Rivers Arthur Pearson
Chico Plumaoscura Earlton Rudolph
David Wise... Phillip Edwards...*

Chicco miró por encima del hombro de Frank y leyó la lista de nombres, hasta que Frank giró la página.

—Hey, ¿qué estás haciendo? —dijo Jack tras ellos—. ¿Le estás mostrando tus poesías a Frank?

Chicco se volvió en redondo.

—Sólo este bloc de notas que encontré, lleno con lo escrito por alguien.

—Frank es muy listo —asintió Jack—. Conoce todo tipo de mierdas. Enseñaba historia. En una universidad. Y también cortó con el ejército.

—Muchos lo hicimos —dijo Frank, sin alzar la vista—. Los que tienen un poco de buen sentido se van a Canadá. El resto terminamos aquí. —Volvió una página.

—¿Te lo estás pasando bien? —Jack apoyó una mano en el hombro de Chicco—. Éste es un lugar donde pasárselo bien, ¿no?

—Muy bien —dijo Chicco—. Pero no te he visto por ahí. ¿Dónde has estado?

—He pasado algunos días con Tak. —La mano de Jack se alzó, cayó—. Me echó a patadas al cabo de una semana, cuando no le dejé que siguiera chupándomela más.

Al otro lado del bar, Loufer, con la gorra calada sobre las orejas, seguía hablando concentradamente con Fenster.

La mano de Jack volvió a caer.

—¡Han conseguido *chicas* en esta ciudad! Frank conoce la casa. Está llena de chicas. Chicas auténticamente deliciosas. Estuvimos allí y... —Su sonrisa se ensanchó hacia el éxtasis—. Les encantó Frank. —Frunció el rostro—. Creo que es porque se deja la barba y todo eso. O quizá porque enseñó en una universidad.

—Tú también les gustaste —dijo Frank, todavía sin alzar la vista—. Pero aún no te conocían.

—Sí, supongo que aún no me conocían lo suficiente.

—Hey —Frank alzó ahora la vista—. ¿Tú escribiste todo esto...?

—Sí..., bueno, no. Quiero decir que la mayor parte ya estaba escrito cuando lo encontré. Por eso quería saber si era tuyo.

—Oh —dijo Frank—. No. No es mío.

Chicco se apartó de debajo de la mano de Jack.